

(13) El cronista español Cornejo se detiene en comprobar minuciosamente la exactitud de esta noticia que los historiadores modernos de san Francisco aceptan como cosa averiguada. Así también Rohrbacher en su *Historia de la Iglesia*.

(14) Asimismo se resolvió que los edificios que erigiese la Orden no pasasen nunca de muy humildes y sencillos.

(15) *Ego, frater Franciscus de Assisio, minister generis, præcipio tibi, fratri Agnello de Pisa, per obedientiam, ut vadas ad Angliam, et ibi facias officium ministeriatus.*



## CAPÍTULO VI.

## PRIMER CORONA.

La sexta Cruzada. — El aviso del penitente. — San Francisco y el Sultán. — Los protomártires. — Primer corona. — Fruto de la sangre. — Primer borrasca. — San Francisco en las lagunas de Venecia. — Predicación. — Retiro. — Anécdota. — Visión.

.....  
 Pues infinitas estrellas  
 son mártires infinitos,  
 como las llagas parece  
 que el imperio habéis partido.

.....  
 (Lope de Vega, *Romance á las  
 Llagas.*)

**B**REVE tiempo era transcurrido desde que ceñía la tiara pontificia Honorio III, cuando recibió urgente y premiosa epístola del Gran Maestre de los Templarios, que residía en Tierra Santa. « Nunca, decía el mensaje, se encontraron más que ahora flacos y sin fuerzas los infieles: caros los víveres, menguada la cosecha, faltando las subsistencias de ultramar, y no hallándose en esta tierra ni una acémila, ni un corcel de combate. Que los cruzados vengan, pues, y traigan provisión de vi-

tuallas y monturas. El gran sultán Sefedino tiembla, porque sabe que llegaron aquí el rey de Hungría, los duques de Austria y Moravia; teme asimismo á la flota de los frisonos, y queriendo ganar ventajas, manda á su hijo Conradino que nos ataque. Pero sabed que nosotros tratamos en asaltar á Egipto por mar y tierra, y en poner cerco á Damietta, abriéndonos así camino hacia Jerusalén.» — Dirigióse Honorio descalzo y compungido á San Juan de Letrán, siguiéndole el clero y pueblo, con no menores señales de penitencia: oró allí largo trecho; volvióse á su palacio, y escribió una circular á todos los obispos, ordenándoles que á cuantos en sus diócesis hubiesen tomado la cruz, encargasen estar dispuestos para salir prontamente á Tierra Santa. Reunidos en Tolemaida los cruzados, concertóse el plan de campaña; en vez de forzar la entrada de Palestina tuvieron por más acertado el sistema que Inocencio III concibió con notable previsión política: invadir á Egipto, estrechar y tomar á Damietta. Las riberas del Nilo vieron entonces acampar dentro de tiendas enclavadas en su limo viscoso al rey de Jerusalén, el indomable Juan de Briena, asistido del patriarca, de muchos obispos, del duque de Austria, de los caballeros del Temple y San Juan, y de aguerridos tercios frisonos y germánicos. En los principios de la empresa reinó, como suele suceder, mucha unión, concordia y entusiasmo: resfriáronse luego los ánimos con las dilaciones del largo y trabajoso asedio, y la paz y armonía antigua se volvieron rencillas y enemistades en el campo cristiano. Motejaban los jinetes á los peones, y éstos á aquéllos; las gentes de diversos países se acuchillaban por la menor causa, y para que hasta lo más alto llegase el desorden, el cardenal Pelagio, legado del Papa, pretendía atribuirse el mando supremo, per-

teneciente á Juan de Briena. Enredados y distraídos con sus internas discordias descuidaban los cruzados lo esencial, no apretando á Damietta, como pudieran, si aprovechasen la situación crítica de los musulmanes y la muerte de Malek-Adel. De suerte que en el ejército latino las disposiciones militares se adoptaban sin cordura ni seso, y acaeció que en cierta ocasión, hallándose las fuerzas de Juan de Briena mal dispuestas y peor situadas, le compelió los sediciosos á dar la batalla. Y en la vigilia del día del combate, cuando los soldados acicalaban sus armas y todo el ejército se aprestaba á la pelea, llegaron al real muy fatigados y miserables dos penitentes, y el uno de ellos, habiendo solicitado ver á los jefes de la Cruzada, les encargó de parte de Dios que desistiesen de entrar en acción, y cuando no, contasen con desastrosa rota. Riéronse los capitanes del augurio: en aquella época pululaban en los campamentos visionarios, iluminados y profetas, y sus vaticinios no alcanzaban gran crédito. Mas á las pocas horas el anuncio del penitente se cumplió, bebiendo arroyos de sangre cristiana el cálido suelo de Egipto. Seis mil combatientes perecieron en la jornada funesta, y fueron conducidas al sultán en azafates las cabezas de cincuenta jefes cruzados.

Francisco era el penitente, que por tercera vez salía en busca del suspirado martirio. Para mejor lograr el objeto de sus ansias, al terminarse el capítulo de las Esteras fió el gobierno de la Orden á Elías, ministro provincial de Florencia, y reservándose la misión de Levante, tomados consigo doce compañeros, encaminóse á Ancona, á fin de embarcarse. Los días que se detuvo en el puerto esperando nave, se le unieron muchos neófitos, y porfiaban por seguirle á Siria. En-

tonces Francisco llamó á un tierno niño, que pasaba casualmente por allí, rogándole señalase con el dedo á aquellos que debía llevar en su compañía, y el niño fué apuntando á los doce ya elegidos por Francisco : entre éstos se contaban Pedro Catáneo, Bárbaro, Sabatino, Iluminado, Leonardo de Asis. Hiciéronse á la vela para Chipre, de donde pasaron á Tolemaida ; allí Francisco repartió su gente y la distribuyó por las diversas provincias, con encargo de ir predicando la fe. Quedóse él con sólo fray Iluminado, y siguiendo el viaje llegaron á la vista de Damietta, donde el ejército cruzado tenía sus cuarteles. Francisco consideró las tiendas, el real sombrío en cuya oscuridad rojeaban las fogatas ó relucían las cotas de acero y los hierros de lanza, y dijo con angustia á su socio : — « Sé que los cristianos llevarán la peor parte en el encuentro. Mas si lo digo, tendránme por loco, y si no, me recordará la conciencia. ¿Qué haré, hermano Iluminado? » — « ¿Ahora te paras, padre, contestó éste, en eso de que te tomen por loco? Teme á Dios más que á los hombres, y di la verdad » (1). — Ya sabemos cómo fué menospreciado el aviso de Francisco, y el mal suceso de las armas occidentales. Hasta el invierno no lograron los cruzados rendir á Damietta, alfombrada de cadáveres de sus defensores, y tales fueron los estragos del hambre, de la peste, de la guerra, que el rey cristiano de Jerusalén y el sarraceno sultán de Egipto lloraron juntos tristes y copiosas lágrimas al estipular la tregua (2).

Dejó Francisco el campo cruzado, y entróse por el de los musulmanes, regocijados y soberbios con la victoria y cebados aun en la reciente matanza : mala sazón por cierto para convertir á aquella muchedumbre fatalista. Y aun es maravilla que al divisar á

los dos penitentes se contentasen los soldados de las avanzadas con golpearlos, maniatarlos y llevarlos arrastrando á presencia del sultán ; porque, según pregón, valía un besante de oro cada cabeza bautizada. No lo ignoraba Francisco, y al comenzar la ruta iba cantando : — « Señor, pues estáis conmigo, aunque camine entre sombras de muerte, no temeré á mal alguno. » — Y más adelante, habiendo visto dos ovejas que sosegadamente pacían, dijo á Iluminado haciendo extremos de gozo : — « Fia en el Señor, hermano, que en nosotros se cumple aquel dicho del Evangelio : he aquí que os envió como ovejas entre lobos. » — Quizá no degollaron á Francisco y su compañero, al cogerlos, gracias á la propia intrepidez con que ellos solicitaban ser llevados al sultán. Conducido ante Malek-Kamel, Francisco dió suelta á su encendida elocuencia, discurriendo muy de propósito acerca de la Trinidad inefable, dogma radicalmente opuesto al sensualismo mahometano. Oyóle Malek con sorpresa primero, con mansa tolerancia luego, con vivo interés por último. No eran nuevas para el sultán las doctrinas que enseñaba Francisco : que al fin la lucha es contacto, y en tantos años de guerra, cristianos y sarracenos habian llegado á conocerse mutuamente. Pero lo que á Malek admiraba en Francisco era lo que maravillaba también á Europa : el espíritu del Evangelio mostrándose encarnado en un hombre. Los voluntarios de Cristo con que Malek combatía eran en ocasiones rapaces, crueles y altivos, mientras aquel que venía á presentársele pacífico y desarmado tenía en su dulzura, en su eficacia, en su humildad, unos perfiles y reflejos del mismo crucificado Redentor. Aficionóse, pues, el sultán á Francisco por extraordinaria manera, y aun le rogó continuase discurriendo, por-

que le placía mucho escucharle; pero no quería Francisco regalar oídos é imaginaciones con vanas retóricas, sino llegar al corazón y convertir. — « Me quedaré aquí, dijo al Sultán; me quedaré y consagraré la vida entera á enseñar la verdad á ti y á los tuyos; pero es preciso que con fe y esperanza creas en Jesucristo. » — Malek titubeó; convertirse era rendir la bandera nacional, era ponerla por alfombra donde la desgarrasen las espuelas de los cruzados: el conquistador y el monarca se despertaron en él, y movió la cabeza en señal negativa. — « Escúchame, insistió anhincadamente Francisco: convoca á tus imanes y á los doctores de tu ley; haz encender una hoguera; ellos y yo entremos por el fuego juntos, y aquel á quien respeten las llamas, ése será el que adore al verdadero Dios. » — Malek sonrió con ironía, porque acababa de ver á uno de sus imanes más viejos y reverendos escurrirse disimuladamente del concurso. — « Temo, respondió, que ninguno de mis alfaquíes ha de admitir la prueba. » — « Pues enciende la hoguera, que yo solo me meteré por ella, porfió Francisco. Si las llamas me consumen, impútalo á mis pecados; mas si salgo incólume, tu alma es de Jesús. » — No se resolvió el Sultán á consentir el experimento, temiendo algún prodigio que sembrase el pánico en sus vencedoras filas; pero probó á Francisco lo mejor que supo y pudo su respeto y amor; cubrióle de dádivas, que no fueron aceptadas, dióle licencia amplia de recorrer sus dominios, y al apartarse de él manifestó gran pena. Los historiadores de la época dan á entender, y aun algunos lo afirman, que Malek conservó toda su vida memoria de la entrevista y deseo de ser cristiano, y aun que lo fué en su última hora. Jacobo de Vitry, testigo ocular del cerco de Damietta, nos pre-

senta al Sultán despidiéndose de Francisco con la súplica de rogar á Dios por él para que al recto camino le guiase (3). Ello es que Malek se mostró siempre caballeresco y magnánimo con los cristianos, dando libertad á los prisioneros, medicina á los enfermos, redención á los esclavos y pan y viandas á los hambrientos, cuyas angustias y dolores lloró con el rey de Jerusalén (4).

Malek facilitó á Francisco salvoconducto con el cual pudiese internarse tierra adentro, predicando la fe de Cristo; si bien añadió el peregrino encargo de no maldecir de Mahoma. Francisco é Iluminado prosiguieron la ruta, pero su misión rendía escasos frutos; el odio al nombre cristiano era inveterado y profundo después de tantos y tan recios combates, y la palabra de Francisco, que en Occidente abrasaba, al decir de san Buenaventura, como encendida antorcha las almas, en el Oriente no pasaba de los oídos. Durante las jornadas de tan estéril viaje requirió de amores á Francisco bella y liviana moza egipcia; y al verla delante, con galano arreo, con halagüeña y blanda risa en los labios, en los ojos la lumbre del sol oriental, turbada la voz y pronunciando con modulaciones de sirena tiernos requiebros, Francisco asió á puñados los ardientes tizones del hogar, y esparciéndolos por el suelo y arrancándose el hábito, se acostó sobre las brasas, convidando á la moza á hacer de aquella cama de fuego tálamo de las nefandas nupcias propuestas. Y añaden los cronistas que llorosa y corrida la desenvuelta mujer, viendo sujetas á tal suplicio las carnes inocentes del Santo, hubo de convertirse y dejarse catequizar y bautizar. Francisco se volvió al cuartel cristiano, donde esta vez le recibieron con veneración, reconociéndole por aquel pobre de Asís tan nombrado

en Europa, y sus exhortaciones pusieron algún coto á la licencia y desenfreno militar. El historiador Jacobo de Vitry explica en estos términos la impresión que causaba Francisco : — « Hemos visto — dice — al Fundador y Superior general de los Menores, hombre sencillo y sin literatura, amado de Dios y de la gente, al cual llaman el hermano Francisco ; y anda de tal suerte embriagado con el fervor del espíritu, que habiendo venido al campo de los cristianos ante Damietta, pasó al del Sultán para convertirle á la fe » (5). — Del campamento siguió Francisco á Palestina, visitando el Santo Sepulcro : y en fragosa soledad próxima á Antioquía, dió con un antiquísimo monasterio de Benedictinos, que trocaron en masa su negra cogulla por el franciscano sayal. Por entonces recibió Francisco noticias de disensiones y embarazos en el gobierno de su Orden ; un fraile, enviado sigilosamente á Palestina, trajo encargo de advertirle que en Italia era su presencia indispensable. Con esto tomó la vuelta de Candía, y de allí sentó la planta otra vez en país latino, desembarcando en Venecia. Frustrósele así por tercera vez el plan y anhelo de derramar su sangre en Oriente. — « ¡ Hombre beato en verdad ! — dice á este propósito san Buenaventura — que, si no traspasó tu carne el cuchillo del verdugo, todavía no perdiste la semejanza del divino Cordero inmolado. ¡ Beato y dichoso en verdad, que no caíste al filo de la espada perseguidora, y sin embargo alcanzaste la palma del martirio ! »

Mas lo que en su persona no pudo Francisco obtener, consiguiólo en la de sus frailes. Al tomar para sí las regiones de Oriente, había elegido y destinado á las de los sarracenos occidentales seis misioneros : Berardo, Pedro, Ayuto, Acursio, Otón, y Vital que los

mandaba. Á ejemplo de Josué, Francisco buscó para el empeño más arriesgado, varones fuertes y sobrios, á toda pelea y fatiga dispuestos : al despedirse de ellos, comprendiendo que caminaban á un peligro inminente, dióles con gran ternura y llorando el ósculo de paz y la bendición. Ésta, y el breviario y regla, era todo el viático que llevaban. Entraron en España, pasando á Aragón, donde el superior fray Vital, mortalmente enfermo, vió no poder ir más adelante, y resignando la autoridad en Berardo, ordenó á sus compañeros prosiguiesen el camino. Llegados á Coímbra, la reina Urraca, esposa del vencedor de los moros cordobeses, Alfonso II, quiso á toda costa platicar con los santos misioneros, y en la entrevista les rogó que la informasen de la hora en que tenía de cogerla la muerte. — « Señora, — respondió fray Berardo — cuando nuestros cuerpos despedazados por los infieles sean traídos á Portugal, téngalo vuestra alteza por señal cierta de morir luego » (6). — Urraca mandó los frailes muy recomendados á la infanta doña Sancha, que residía en Alenquer, y allí se hospedaron en el convento, fundación de san Francisco y donación de esta bienaventurada princesa (7); la cual surtió á los misioneros de ropa seglar para que sin obstáculos siguiesen el viaje. Merced al disfraz, penetraron en el territorio mauritano, y se introdujeron en la populosa y magnífica Sevilla, envanecida con su acueducto de seis leguas, su mágico alcázar, su erguido observatorio astronómico (8) y su incomparable mezquita, donde tan presto había de plantar la cruz el terciario franciscano san Fernando. Anté una de las afiligranadas puertas se colocaron los frailes, no sin haberse vestido otra vez sus hábitos, y Berardo, que poseía la lengua árabe, predicó : era el día festivo, inmensa la

conurrencia; movióse gritería y escándalo, y fueron arrojados con desprecio, como sandios y dementes; acudieron á otra mezquita, y siguieron la plática, con el mismo resultado; entraron intrépidos por el palacio del Emir, y éste, con más tedio que cólera, les puso presos en la Torre del Oro. Desde los altos ajimeces exhortaban á los transeúntes; y entonces los llevaron á un subterráneo, sin darles alimento, cargándoles de grillos, hasta que al fin, no sabiendo qué hacerse con ellos, y huyendo quizás de ofrecer á la culta metrópoli sevillana un cruento espectáculo, los embarcaron para donde más deseaban, para Marruecos. Era allí á la sazón valido del Miramamolín y general organizador de sus ejércitos un infante de Portugal, don Pedro, á quien desavenencias y disgustos con su hermano Alfonso habían conducido al afrentoso extremo de ofrecer espada é inteligencia á los enemigos de su Dios. Los misioneros declararon á don Pedro cómo venían á predicar la fe, y el Infante, aterrado, comenzó á disuadirlos de su propósito: usaban los marroquies táctica tolerancia con los cristianos; sin desconfianza veían á un caudillo católico al frente de las tropas sarracenas; crecía y prosperaba el comercio entre el mediodía de España y el Magreb, y he aquí que iban á perderse tantos bienes por la resolución de cinco hombres empeñados en buscar el martirio. Pero los frailes no se pagaron de las razones del Infante, y subiéndose á lo alto de una carreta exhortaban á la muchedumbre. Internados, de orden del Miramamolín, en el desierto, volviéronse á la ciudad tan pronto se vieron libres: los encarcelaron con ánimo de dejarlos morir de hambre; se desencadenó entonces desatada tormenta, que hizo creer al supersticioso pueblo que la cólera celeste vengaba á los infelices cautivos, y

por segunda vez los soltaron; nueva predicación, que dió por resultado que el infante don Pedro los recogiese á su palacio, de donde huyeron á la primer coyuntura favorable, para repetir la confesión pública. El Emperador, que volvía de cumplir una ceremonia y rito de su culto, se dió de manos á boca con el gentío que rodeaba á los misioneros; impaciente ya, los sepultó en una mazmorra: de allí fueron sacados, convidados á retractarse, entregados al Arráez, juzgados sumariamente á la manera árabe, azotados hasta descubrirse sus huesos, regadas las llagas con vinagre y sal, arrastrados los cuerpos palpitantes de dolor sobre abrojos; y vivos aún los mártires, el Miramamolín quiso verlos y arrancarles la abjuración; no lográndolo, de un solo golpe de cimitarra les fué hendiendo en dos mitades la cabeza por la frente (9). Aquella noche, á la infanta doña Sancha, en su melancólico camarín de Alenquer, se aparecieron cinco frailes que le mostraban gozosos una sangrienta cuchilla. Y al recibir Francisco la nueva del tránsito de los misioneros, exclamó regocijado: — « ¡Ahora sí que puedo decir con verdad que tengo cinco frailes Menores! » — Volviéndose después á la parte de España, donde se hallaba el convento de Alenquer, le dirigió estas frases: — « ¡Santa casa, tierra sagrada que has producido y presentado al Rey del cielo cinco bellas purpúreas flores, de suave perfume! Santa casa, ¡seas siempre morada de santos! »

Traspasado el infante don Pedro de lástima y terror, recogió piadosamente las despedazadas reliquias, que después de servir de ludibrio á la plebe, habían sido dejadas para pasto de las fieras y aves de rapiña: supieronlo los moros, asaltaron el palacio del infante para quitarle los despojos santos, y en la refriega que

se trabó por defenderlos fueron muertos Martín Alfonso Tello, hidalgo portugués, y Fernando de Castro, castellano. Al fin se llevaron los sarracenos las reliquias y las arrojaron al fuego, que no prendió en ellas, ni destruyó un solo cabello de las cabezas separadas del tronco; á fuerza de oro, pudo el infante otra vez rescatarlas; buscó á tres niños inocentes que lavasen, ungiesen, embalsamasen y envolviesen en limpios cendales randados los puros cuerpos, y depositólos en urnas de maciza plata. Á este tiempo recibió con júbilo un mensaje secreto de su hermano el rey Alfonso, brindándole paces y llamándole á su lado, con lo que dispuso cautelosamente la fuga, y tras peligroso y dramático viaje al través de las montañas del Atlas, en que fué su guía el instinto del mulo á cuyos lomos iban las preciosas reliquias, pudo embarcarse para su patria, muy á tiempo, que ya la suspicacia del Miramamolín, exaltada por el incidente de la protección á los mártires, disponía á su garganta un lazo corredizo. Entró el prófugo en Coimbra, al repique de las campanas, cercado de multitud inmensa, que festejaba la llegada de los cuerpos santos: los reyes salieron á recibirlos con solemne aparato, y la reina Urraca se preparó para la muerte, que le sobrevino á pocos días. El infante don Pedro escribió menudamenté la crónica de los protomártires franciscanos, tan enlazada con su propia historia (10).

Ciertamente que Marruecos, lo mismo que Palestina, era tierra dura y refractaria, cuando ni á aquélla la sangre de los mártires, ni á ésta la presencia de Francisco de Asís, lograron conmover, como solían á la sociedad europea. Pero quizás los musulmanes, pueblo formado por la cimitarra, necesitaba, para recibir el Evangelio, que otro conquistador deshiciese la obra

de Mahoma y arase con la espada el campo estéril, antes de arrojar en él la semilla. Para una raza fatalista y sensual, que pone á Dios de parte de los que triunfan, no hay misionero más persuasivo que un vencedor, ni elocuencia como la de las ciudades arrasadas y los sojuzgados imperios. En Europa, de tantos siglos atrás cristiana, la voz del pobre Francisco, predicando el rigor evangélico, no había menester sino tocar las conciencias para que despertasen las ideas mamadas con la leche, disueltas en el espíritu de las gentes; desfallecidas quizás, nunca muertas. Á la raza agarena, hecha á soñar con un paraíso de materiales goces, cuyo ingreso se compra á precio de cabezas de enemigos; prendada de la poesía, del color, de la luz, de lo carnal y tangible, no podía conmover la espiritual hermosura de la pobreza, de la penitencia, del frenesí de la cruz. De suerte que ni aun honraron en Marruecos á los misioneros con el recelo que inspiran los novadores: tuviéronles solamente por locos y maniáticos, inofensivos primero, molestos después, insufribles por último. El mismo aprecio merecieron de allí á pocos años los sublimes mártires de Ceuta (11), siete Franciscanos que ganaron la triunfante palma tras de haberse preparado comulgando y lavándose los pies entre sí, y de dejar escrita una carta digna de los siglos heroicos del cristianismo (12), y que caminaron á rendir los cuellos al acero, cual los griegos de las Termópilas, descritos por un gran poeta, como si fuesen á espléndido convite (13).

Mas no padecieron en balde los generosos confesores, que así comò suele ocurrir que el polen de una flor es llevado por el aire á larga distancia para fecundar otra flor en distinto clima, el martirio de los Franciscanos, infructífero en Marruecos, fué eficazísimo